

biológica o por las condiciones culturales que han hecho que su trabajo sea considerado como secundario para la sociedad.

Durante décadas se luchó para obtener una legislación protectora del trabajo femenino, que facilitara a las mujeres su incorporación a la fuerza del trabajo, en igualdad de derechos laborales con los hombres. Hoy, la experiencia nos muestra la necesidad de reemplazar algunas pautas que, por exceso de protección, impiden que la mujer entre en el mercado de trabajo, o que hacen que olvidemos la necesidad de evitar el trabajo insalubre para ambos sexos. Hoy es necesario pensar en una política hacia la mujer trabajadora que se base en discusiones sobre el salario familiar, la licencia para hombres y mujeres por el cuidado de los hijos, los problemas de los centros de atención a los hijos pequeños, el cumplimiento de la legislación vigente, el acceso a la nueva tecnología, la capacitación, y otros tantos temas.

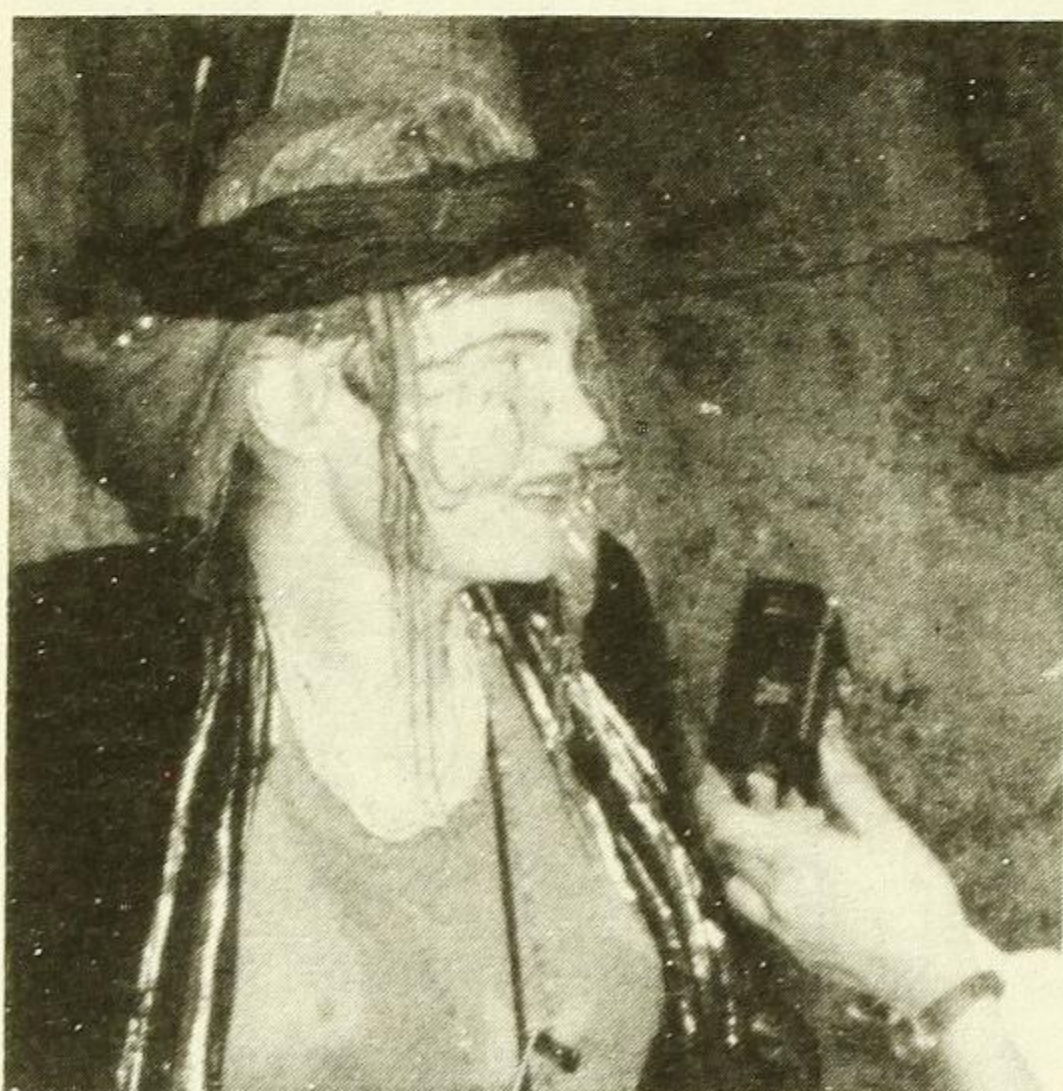
Cuando hablo de la política, quiero dejar claro que no hablo de una política paternalista donde los hombres, para proteger a las mujeres, decidan por ellas. Me refiero a la necesidad de elaborar una verdadera política con la participación de las protagonistas, para lograr la anulación de toda acción discriminatoria en razón del sexo; lograrlo en los convenios colectivos, en la implementación de condiciones de trabajo que establezcan que a igual función corresponde igual salario, en la homologación de todas las categorías profesionales existentes en las empresas, en la formación profesional, etcétera.

Como trabajadoras, sabemos que tenemos el mismo instrumento que el conjunto de los trabajadores: el sindicato. Pero, ¿cómo hacer para desmaculinizarlos?

Desmaculinizar el sindicato

La realidad nos muestra la casi inexistencia de mujeres sindicalistas,

organizadas y reconocidas. Si aceptamos que existe una contradicción histórica entre mujer y valor social del trabajo, vemos que la misma se muestra en su dimensión sindical, como consecuencia natural de la primera. El sindicalismo es la expresión orgánica y consciente de las luchas por la defensa de la clase



(Elvira Hernández)

trabajadora; responde a sus necesidades, elabora sus respuestas. Y es, en mi opinión, el ámbito más difícil para lograr la participación de la mujer, donde la discriminación es mayor, porque ha sido —y sigue siendo— un lugar exclusivo de los hombres. El sindicato ha sido organizado por ellos, conforme a su manera de ver el mundo.

De allí que las mujeres que se atreven a incursionar en el sindicalismo, adopten formas propias de los hombres: el lenguaje, la vestimenta, la dureza. . . Por el momento es casi imposible que la minoría de mujeres gremialistas logre ser aceptada con poder real, a partir de su metodología propia.

La práctica juega en este campo de acción un papel vital, y las mujeres no tienen práctica en el terreno de lo público; salvo algunas excepciones (en las que ha existido una previa militancia política), tienden a teñir de afectos, amores y odios, toda relación pública. Por eso, mientras los compañeros pueden tener agrias discusiones y luego salir a cenar juntos, las mujeres tomamos

como cuestión personal cualquier disputa política. Será muy difícil que un enfrentamiento no nos afecte, no nos haga sentirnos agredidas o traicionadas. También es cierto que la participación de las mujeres es subvalorada en las discusiones; los hombres exigen que se sea muy precisa, de un primer nivel, para no ser tildada de neurótica. Como

AUTORRETRATO:

Reyna María Tercero

(nicaragüense)

“Yo tenía otras ideas, realmente yo no conocía mucho del feminismo, sino de lo que se dice del feminismo: que ser feminista era ser lesbiana u organizarse para lo del aborto, el libertinaje, esas cuestiones, ¿me entendés?”

“Yo soy de una clase proletaria, soy la mayor de 5 hermanos. Mi mamá era madre soltera. La formación que me habían dado era de que yo iba a estar en el hogar, la casa, yo me iba a casar, a tener hijos. Y cuando comienzo a participar en el movimiento estudiantil vi otro ámbito de participación; entonces, ya acercándose más acrecentada la lucha en Nicaragua, comencé a tener contradicciones en mi familia, porque ya me decían que qué andaba haciendo por las calles yo sola, o que por qué llegaba a tales horas de la noche a mi casa, que ya era yo una mujer de la calle, una vaga.

“Comenzamos a participar sin ver cuáles eran los problemas que como mujer yo miraba, ya después del triunfo comencé a participar en las organizaciones comunales y después fue la inquietud de formar el Comité de Mujeres; nos organizamos como mujeres a discutir los problemas siempre vinculados a la realidad que en el sector estábamos viviendo.

“Nosotras luchamos. Si a mí me preguntas si soy feminista yo te podría decir que desde que estoy trabajando lo hago por la emancipación de la mujer, por nuestra participación política y económica. Creo que todas tenemos una lucha igual y me estoy identificando, me estoy sintiendo del movimiento feminista.”